

El latín perenne

LA LUNA

Ya del Oriente en el confín profundo
la luna aparta el nebuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada;
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía,
y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh luna, a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la Noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre,
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

AD LVNAM

Interpretatio carminis Didaci Fallon, Columbiani.

Ecce Orientali iam limite Luna profundo
velum repellit nubilum,
virginea sistitque levis formidine mundo
castum soporato pedem.

Immensum miratur hians, levata salutat
sublime vultus simplices:
attonitae sine fine silentia caerulea pandunt
orbis nitentes undique.

Stellula sola praeit; funebrior hymnus eunti,
sanctum sonat silentium:
advocat usque vacans regio vastissima... Summa
est solitudo pallium.

¡Oh! quam pulcra poli dum pergis in ardua, Luna,
per aethra lenta caeruleum,
quas dives sepiusque opalo sepiusque topazo
stipata candens nubibus!

Fidula te sequitur, cirratula turba silentum,
nubeculae tinctae tibi;
divaque Nox tacite canis circumvolat alis
teque comitatum ac regium.

Ecce tuus placide fulgor descendit ab alto
et, velleribus argenteis,
serrati montis per culmina funditur alba,
per vallis umbrosae sinus.

Transverso radio passim nigrantia saltus,
obscura tangis frondium;
et candore tuo celsae sine tegmine rupes
nitent repente marmora;

o al pie del cerro, do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
la blanca torre de vecina aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vense, a la luz, las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido ¡oh luna!
vuelo al través de solitarias breñas
a los lejanos valles, do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas peñas,

el lago del desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y éstas son tus mágicas regiones,
donde la humana voz jamás se escucha,
laberinto de selvas y peñones
en que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del caos, por el mundo errantes;
náufragos restos de la antigua Nada,
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
luce del cerro en la áspera pendiente,
y a trechos ilumina en la espesura
el ímpetu salvaje del torrente;

en luminosas perlas se liquida
cuando en la espuma del raudal retoza,
con la fuente llora, que perdida
entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
hendiendo el bosque a penetrar alcanza,
y alumbra al pie de despeñadas linfas
de las ondinas la nocturna danza.

at, qui reclinis colli dormitque siletque,
rursus dealbas viculi,
aera fenestellis quae prodit vertice, turrim,
cinctam salicibus et casis.

Serpentes rivi, serpentia flumina valli
de te micant argentea:
quae sinibus nectunt per plana quieta coruscis
pratium, casas, nemus, sata.

Ast ego, Luna, tuo mire cum lumine mistus,
per sola solus provehor
ad mihi convalles olim sub saltibus atris
dulces et altis cautibus.

Deserti lacus illimis, sopitus inersque,
iubar reverberat tuum:
quo circumfusus montes, quo finxit in undis
stellantis ornatum poli.

¡Oh! haec abdita sunt, haec sunt tua mystica regna,
hominum negata visibus,
silvae cum saxis, labyrinthica, sub quibus umbrae
tecum tacentes dimicant;

nam oderunt, o clara, tuum furialiter umbrae,
ortae Chao, castum iubar;
primi reliquiae Nihili, quae luminis albo
mari vagantes fluctuant.

En tua lux, per nocturnos radiata vapores,
clivo renidet aspero,
lapsaque per medias frondes, hic monstrat et illic
torrentis impetum efferum.

Amniculi sed spumiferi si luserit undis,
fit margaritae defluae:
sive vacet fonti, quae sub singultibus, atra
per muta multum murmurat.

Ast ea nympharum, nemoris cava frondea findens,
infertur occultas domos
et, lymphas sub praecipites, illuminat ultro
visura nocturnos choros.

A tu mirada suspendido el viento,
ni árbol ni flor en el desierto agita;
no hay en los seres voz ni movimiento;
el corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la Muerte:
¡he aquí el Silencio! Sólo en su presencia
su propia desnudez el alma advierte,
su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
que del Silencio la insondable calma,
de los sepulcros es tremendo grito
que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y a su muda señal la Fantasía,
rasgando altiva su mortal sudario,
del infinito a la extensión sombría
remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
y desde allí contempla arrebatada
el piélago de mundos que se extiende
por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
de oscuridad las selvas seculares,
de hielo el polo, de verdor la tierra,
de blando azul los cielos y los mares,

echó también sobre tu faz un velo,
templando tu fulgor, para que el hombre
pueda los orbes numerar del cielo,
tiemble ante Dios y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,
a sumergirme torno entre mí mismo,
y se pierde otra vez mi pensamiento,
de mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes, a lo lejos enlutados,
pienso que son las tumbas do se encierran
las cenizas de mundos ya juzgados...

Te aspecta ventus stetit: en percussus inersque
nec arborem floremve flat;
non est in rebus sonitus, non motus in ullis,
mundi ecce cor non palpitat...

Accessit propius Mortis praenuntius: ipsum
adest, adest Silentium!
Demum animae licuit se nudam nosse, suamque
vocem capit mens conscia.

Haec ego corde satis pavido trepidusque voluto:
clamor minax Silentii
illa sepulcrorum pax est arcanior; aures
qui non ferit: animum quatit.

Illius ad nutum taciti liberrima rumpens
Phantasia triste vinculum,
immanis spatii tenebrosas fudit in oras
volare solitaria.

Iam venit in fines, nimium festina, supremos,
et inde miratur stupens
orbes innumeros, pelagus per inane profusos,
Nihili per immensum silens!...

Qui nive praecelesos candentia culmina montes,
caligine vetustum nemus,
vestivitque polos glacie terrasque smaragdo,
caelumque sapphiro ac mare,

Ille tuos tenui vultus velavit amictu,
iubar tuum sic temperans,
innumeros ut tentet homo numerare, tremensque
tot orbium Regem colat.

Permagno caeli spatio stupefactus oberro,
in meque demergor dein,
inque mei stupefactus ego demersus abysso,
deliro, quidquid cogito.

Nam exanimi patimur quae nos deliria terrent...
Andes tenebrosas procul
fingimus oh! cineres monumenta recondere priscos,
genusque damnatum diu.

El último lucero en el Levante
asoma, y triste tu partida llora:
cayó de tu diadema ese diamante
y adornará la frente de la aurora.

¡Oh luna, adiós! Quisiera en mi despecho
el vil lenguaje maldecir del hombre,
que tantas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda, al verte, su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
ésta que siento, imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo;

porque esos astros, cuya luz desmaya
ante el brillo del alma, hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.

DIEGO FALLON.

Ultima in Eoo iam limite stellula surgit,
tuumque discessum dolet;
pulcrrior ille adamas, tibi de diademate lapsus,
ornabit Aurorae caput.

O bona Luna, vale! Cessent mortalia verba,
mortalium cessent soni,
tot qui, perpetuo celandos pectore, sensus
sint impotentes dicere.

Spiritus ecce meus gemit, exagitur, anhelat,
in carnis arcto carcere;
te meminit visa semet sublime vocari,
votisque pulverem excutit.

Pulvere at excusso tandem si promptus abiret,
liber, Deo simillimus,
aetherei tractus, immensi, non satis ampli
eius forent volatui;

nam quae coram animae, supera de stirpe creatae,
nitore pallent sidera,
oceanī nec littoreae sunt nimbus arenae
divae patentis aliti.

ALFREDUS BECERRA.

In urbe Maywood, in California,
mense Iulio, anno MCLXIX.